

Cuentos & Cuentistas

Pedro Juan Gutiérrez, Cubano Premium

Debo reconocer que si hay algo que me hace perder la ecuanimidad, la sobriedad, la medida y la objetividad, así en bloque, es la narrativa cubana. Tal cual... Allí abandono todo lo que pueda conservar de políticamente correcto o discretamente didáctico. Los autores cubanos me han hecho pasar demasiados buenos momentos de lectura-jolgorio y lectura- placer, como para renegar de tal desliz hedónico. Por eso mismo no puedo dejar de afirmar que, para mí, el maestro Alejo Carpentier nos ha dado la mejor y más culta prosa castellana del Nuevo Mundo en el siglo XX, que *Paradiso* de José Lezama Lima se halla en mi lista *top ten* de las novelas latinoamericanas, que Guillermo Cabrera Infante fue por mucho tiempo una de mis referencias obligadas (en tanto crítico de cine, novelista y cuentista), y que muchos otros autores, viejos y nuevos, de Miguel Barnet a Reinaldo Arenas, de Virgilio Piñera a Severo Sarduy, se hallan entre los iconos literarios de mi altar personal. Variedad de registros como en pocas prosas de nuestra región, eso ha producido la narrativa cubana. A lo cual se agrega, por si no fuera suficiente, haber dado a luz la más interesante y original escuela de novela negra en América Latina, con Daniel Chavarría, Leonardo Padura, Justo Vasco y Amir Valle, entre otros.

Pedro Juan Gutiérrez, que reside en La Habana, nació en Matanzas en 1950. Es un escritor con un raudal de obras publicadas, entre poesía, novela y, sobre todo, cuento.¹ Tres de sus libros de relatos han sido publicados en un volumen por Anagrama en España, con el título de *Trilogía sucia de La Habana*, que lleva múltiples ediciones desde 1998 a la fecha. Se le ha comparado, abusivamente a mi juicio, con Bukowski y Henry Miller, lo cual me hace pensar más bien en la mente calculadora de los redactores de solapas. Lo que Pedro Juan ha hecho es recrear literariamente lo que ha sido la vida en Cuba, sobre todo en La Habana, durante la década de los 90, que la retórica oficial ha llamado el “período especial”, lo cual se puede transcribir como hambruna, corrupción, desesperación y miseria. Gutiérrez se pasea por los despojos de un sistema que se desmorona. Sin negar sus causas diversas, por supuesto, desde el boicot económico

¹ No dejen de visitar su sitio web oficial: <http://www.pedrojuangutierrez.com/>

norteamericano a la falta de libertades públicas, desde la destrucción física de una ciudad que fue el orgullo colonial (La Habana es una suerte de pequeño Madrid, como me gusta repetir), a la irrupción del dólar y el turismo, desde el oportunismo de los burócratas a las formas más abyectas de supervivencia.²

En Pedro Juan (y así se llama el protagonista de la mayoría de los cuentos), el sexo es una salida a la desesperanza, y muchas veces el goce que lo acompaña está rodeado de elementos más que perturbadores, incluida una violencia a menudo asesina. En el cuento “Cosas nuevas en mi vida”, el narrador dice: “Es que el sexo no es para gente escrupulosa. El sexo es un intercambio de líquidos, de fluidos, saliva, aliento y olores fuertes, orina, semen, mierda, sudor, microbios, bacterias. O no es. Si es sólo ternura y espiritualidad etérea entonces se queda en una parodia estéril de lo que pudo ser. Nada”. Aquí no hay cinismo, sino un realismo desgarrador. Cuando las muchachas van a ejercer de “jineteras”, eufemismo para referirse a la prostitución eventual entre los turistas solventes, lo hacen por ganarse unos pesos y poder ser algo menos infelices; o, si la suerte es grande, conseguir que alguien se case con ellas y las saque de la isla. Cuando recurre a la imagen frecuente de esos negros de pingas enormes, en el fondo se está refiriendo a un mito llegado con la esclavitud, a una realidad nacional (el racismo), a un sector particularmente mísero de la sociedad cubana, a la bendición de la mezcla racial manifestado en esas mulatas de cuerpos perfectos.

Mi colega escritor Mauro Yberra, que se está poniendo cada vez más orondo y crédulo, tiene la teoría de que en Cuba el sexo se halla tan expandido como rasgo cultural por la escasa influencia de la religión, producto de medio siglo de concientización marxista (el opio del pueblo y todo eso). Hay que entender que para el bueno de Yberra, influido por San Agustín, el sexo es pecado... Muy clase media. Pues bien, Pedro Juan lo contradice. La presencia de las formas más primitivas del catolicismo (culto de San Lázaro o la Virgen de la Caridad del Cobre) mezclado con santerías africanas (Changó, Ochún) en cuentos como “Aplastado por la mierda” y “Alegres, libres y ruidosas”, revela

² Para quien se interese en la magia de esta ciudad a la vez barroca, romántica y modernista, ver el ensayo *La Habana, ciudad antigua*, de Eusebio Leal Spengler, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988.

la presencia viva de la superstición en esa sociedad de “hombres nuevos”, incluidos los ritos satánicos, a menudo mezclados con marihuana, sodomía y rock, tal cual se narra en “La Navidad del 94”.

Pedro Juan se entenece con esos accesos de irracionalidad, sigue las argumentaciones de las viejas santeras, participa en ritos, hasta se da una rezada con canto gregoriano por ahí, todo como una forma de salir de una ansiedad vital que lo mantiene atrapado a una inercia dolorosa. El suyo es un personaje sin el coraje para la rebelión o el exilio (le dan miedo la brutalidad policial y las aguas del mar Caribe), prefiere seguir aguantando la mugre, en ese cuartucho de un edificio en ruinas que no puede dejar porque vendrá alguien a ocuparlo a los pocos minutos, compartiendo un baño con cincuenta personas, conviviendo con cerdos y pollos en las azoteas, esperando a que la pared suya no se caiga con el próximo huracán, con la vista fija en los rompientes del Malecón. Cabe señalar que la manera de trabajar los cuentos, con un personaje común que narra en primera persona, hace de esta trilogía una cuasi novela.



El narrador cubano ha creado un personaje, Pedro Juan, que es la expresión colectiva de un modo de vida en una ciudad que no da tregua y en una sociedad sumida en un grado colosal de degradación. A ratos es un borracho cogedor, un viejo fascinado con las jovencitas, un masturbador desahogado, un suicida en potencia, un escritor indiferente, un ladrón al Estado, un mendigo patético, un retórico de las bravatas... Un personaje que no llama a la piedad; uno siempre piensa por qué carajos no reacciona. Pero es imposible no quererlo, con sus cuarenta y cinco años mal asumidos, su calva, su mala suerte, su desubicación permanente, su sed de ron y su hambre. En el cuento “Coger el toro por las astas” se manda este parlamento: “Hace años que no espero nada. Absolutamente nada. Ni de las mujeres, ni de los amigos, ni de mí mismo, ni de nadie”. El relato “Visión desde los escombros” se puede leer casi como un manifiesto, en tanto “Los caníbales”, por encima de su deliberada obviedad y su humor inducido, da un atisbo, en el contexto de las privaciones habaneras, de la difícil batalla por subsistir en una sociedad que se ve carente de oportunidades para emprender.

Pedro Juan Gutiérrez no lanza diatribas contra el comunismo ni contra Fidel ni contra Cuba. Pero dice lo que tiene que decir. Incluso algunos títulos de relatos son sutilmente elocuentes: “Salíamos de las jaulas”, “Algunas cosas perduran”, “Dejando atrás el infierno” o “Sálvese quien pueda”. Lo suyo es simplemente dar rienda suelta, en cuidadosa faena literaria, a las tristezas, furias y alegrías que sus personajes ansían expresar, con o sin palabras. Para quienes amamos la cultura cubana, y particularmente a La Habana, con sus calles, sus parques, sus anacronismos y su gente, la obra de este escritor es una muestra más de la fuerza de una literatura que se mantiene en pie, como la ciudad, a pesar de medio siglo de abandono, de acosos y de penuria.